

NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



NICK BURNS

LA POLÍTICA DE FERNANDO PESSOA

«¿EN CUÁNTAS BUHARDILLAS y no-buhardillas del mundo / no estarán a esta hora genios-para-sí-mismos soñando?». A su muerte en 1935, el genio de Fernando Pessoa corría peligro de emerger del anonimato. Durante décadas, seguir siendo un desconocido fuera del pequeño círculo de amigos literarios había constituido una fuente de inspiración y una barricada desde la que participar en las polémicas de la época. Pessoa vagaba entre cafés, habitaciones alquiladas y tabaquerías, muelles y oficinas comerciales en la metrópolis remansada de Portugal, imaginando que un día su fama superaría a la de Camões. Tenía sus dudas: «¡En este momento / cien mil cerebros se conciben en sueños genios como yo!»¹. Pero en sus últimos años había signos prometedores. Había adquirido lectores: una generación más joven de poetas vanguardistas, agrupados en torno a la revista *Presença*, lograría transmitir la obra del poeta a un público nacional más amplio después de la Segunda Guerra Mundial.

En el ámbito internacional, el conocimiento de Pessoa se extendió en la década de 1960, gracias a un estudio crítico de gran alcance publicado en sus inicios obra de Octavio Paz; y otro, estrictamente formal, escrito por el lingüista Roman Jakobson aparecido a finales de la misma². En

¹ Álvaro de Campos, «Tabacaria», *Presença*, núm. 39, julio de 1933. Traducción propia al inglés [ed. cast.: «Tabaquería», disponible en versión bilingüe en <https://bit.ly/3hGMXm5>]. Puede que Pessoa atribuyese «Tabacaria» a su heterónimo Campos, pero el sentimiento tiene poco de la energía de este y transmite una sensación de derrota solitaria, que recuerda más a Bernardo Soares en el *Livro do desassossego* o incluso al propio Fernando Pessoa.

² El ensayo de Octavio Paz es la introducción a su antología poética de Pessoa (Ciudad de México, 1962), que más tarde constituiría la cuarta parte de su *Cuadrivio*

The New York Review of Books, el crítico Michael Wood pronto secundó la evaluación de Jakobson, que consideraba a Pessoa una gran figura desconocida perteneciente a la generación de Joyce y Picasso³. Pero el gran avance se produjo tras la publicación en Portugal de su incomparable colección de fragmentos en prosa, *Livro do desassossego* en 1982. Tan solo en 1991 aparecieron cuatro traducciones al inglés con el título de *The Book of Disquiet*, y tres años después Harold Bloom consideró adecuado incluir a Pessoa en el grupo de escritores de elite de su *Western Canon* (1994) por los méritos de su visionaria lectura de Whitman. Hoy, una industria artesanal de estudiosos de Pessoa rivaliza con la maquinaria de Joyce. Cada pocos años, desde la década de 1970, se ha producido la publicación de nuevos poemas y textos en prosa extraídos del enorme baúl que el autor dejó al morir, un tesoro oculto todavía no agotado.

Ahora Richard Zenith, principal traductor de Pessoa al inglés, ha escrito una exhaustiva biografía del poeta, la primera de su estilo publicada en cualquier idioma. Los estudios anteriores sobre la vida del poeta han sido idiosincráticos; y uno de ellos, el producto fantasioso del proyecto de jubilación de un exministro de justicia brasileño⁴. La primera biografía, escrita por su contemporáneo João Gaspar Simões, antes de la posterior canonización de Pessoa, tiene a su modo una perspectiva marcadamente freudiana⁵. La tarea asumida por Simões fue y sigue siendo extremadamente difícil, debido a la oscuridad en la que Pessoa operó durante buena parte de su vida, a las condiciones políticas tumultuosas imperantes a comienzos del siglo xx en Portugal y a la propia dispersión literaria radical del poeta. Zenith ha ejecutado espléndidamente su enorme empresa –más de novecientas páginas meticulosamente documentadas–, fruto de una docena de años de investigación escrupulosa, que ha desmentido muchas leyendas acumuladas en la bibliografía anterior (buena parte de ellas derivadas de los *embustes* del propio Pessoa o de sus contemporáneos) y ha disipado las confusiones

(Ciudad de México, 1965); el texto de Roman Jakobson se publicó por primera vez con el título de «Les oxymores dialectiques de Fernando Pessoa», *Langages*, núm. 12, 1968, pp. 9-27.

³ Pessoa sobre Joyce: «delirio onírico [...] presentado como un fin en sí mismo». Richard Zenith, *Pessoa, A Biography*, Londres y Nueva York, 2021, p. 831.

⁴ José Paulo Cavalcanti Filho, *Fernando Pessoa: A Quasi-Memoir*, Milán, 2019; el original en portugués se publicó en 2011. El compendio extraño e inconexo –a menudo crédulo, como ilustra Zenith (nota 17, p. 991, por ejemplo)– de Cavalcanti Filho forma parte de una larga tradición de proyectos de afición de jubilados entre la elite brasileña, que podemos retrotraer al menos a la «historia de los suburbios» que el narrador del *Dom Casmurro* (1899), de Machado de Assis, amenaza repetidamente con escribir.

⁵ João Gaspar Simões, *Vida e obra de Fernando Pessoa: história duma geração*, Lisboa, 1950.

que rodeaban incluso algunos de los episodios más destacados de su vida. El retrato del poeta que emerge de su libro es una obra de asombrosa sobriedad y delicadeza.

Típico de esta combinación es el tratamiento calmado que Zenith da al sensible tema de la sexualidad de Pessoa. Consciente de las limitaciones del manejo que João Gaspar Simões hizo de este tema, se la toma sin embargo en serio y, sin aceptar la evaluación de Pessoa como una persona psicosexualmente infantil, dedica mucho espacio a cartografiar el curso del erotismo del poeta y la complejidad de sus deseos encontrados. A través de poemas, prosa, cartas e innumerables notas fragmentarias, vemos a Pessoa controlando sus impulsos homosexuales, vertiendo lentamente un resentimiento temprano contra las mujeres, embarcándose en una *amitié amoureuse* con una joven que deseaba casarse con él, agudamente consciente de las extrañas formas del deseo en la vida humana, pero muriendo con toda probabilidad virgen. Buscando la mejor descripción de las contradicciones de este temperamento, Zenith lo califica finalmente de «monosexual», el patrón de una existencia de lo que el propio poeta denominó «autofecundación»⁶. Dicha autofecundidad estaba, por supuesto, directamente relacionada con la extraordinaria originalidad literaria de Pessoa: la invención de sus famosos «heterónimos», figuras disímiles dotadas de procedencias, perspectivas filosóficas y estilos distintivos, a las que atribuyó buena parte de su poesía. Caracterizado como el monárquico Ricardo Reis, Pessoa compuso cuidadosamente odas neoclásicas cuidadosamente equilibradas, hasta que envió a Reis al exilio en Brasil, tras el fracaso de un levantamiento monárquico. Por su parte, el fuerte de Alberto Caeiro era la poesía natural de tipo antifilosófico, mientras que el ingeniero naval futurista Álvaro de Campos escenificaba representaciones virtuosas en salvajes versos libres, como la «Salutación a Walt Whitman»⁷. Además de esta importante tríada hubo docenas más, incluidos los «semiheterónimos» Vicente Guedes y Bernardo Soares, dos oscuros ayudantes contables, versiones «soñolientas» de Pessoa, que escribieron en fases sucesivas los fragmentos que

⁶ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 871.

⁷ Ampliando una idea de Eduardo Lourenço, Zenith ha sugerido que la lectura que Pessoa hizo de Whitman le hizo «dar a luz» a Caeiro y a Campos, pero que estos hijos estéticos no podían sino intentar, edípicamente, matar a su padre. Véase el libro de Eduardo Lourenço, *Fernando Pessoa Revisitado: Leitura Estruturante do Drama em Gente*, Lisboa, 1973, p. 86, citado en Richard Zenith, «Pessoa and Walt Whitman Revisited», en Mariana Gray de Castro (ed.), *Fernando Pessoa's Modernity Without Frontiers*, Woodbridge, 2013, p. 40.

componen el *Libro del desasosiego*. Qué apropiado que Pessoa, persona en portugués, derive de la palabra latina *persona*, que significa máscara. Muchas de estas máscaras parecen más asequibles que el propio Pessoa, cuya poesía «ortonímica», firmada con su propio nombre, es desigual: hábiles pero afectados poemas en inglés a imitación de Shakespeare, versos «paulistas» y «dramas estáticos» en portugués, un puñado de poemas en francés: solo el ciclo heráldico titulado *Mensagem* destaca indiscutiblemente como una gran obra⁸.

La biografía de Zenith se ocupa predominantemente, como debe ser, de la naturaleza y la escala del logro de Pessoa como poeta dividido y auto-multiplicado en consonancia con su recepción mundial como maestro literario. Al mismo tiempo, la reconstrucción que hace de su vida no solo lo sitúa en los debates estéticos, sino también en los conflictos ideológicos que marcaron las contracorrientes de la vida pública portuguesa en ese periodo. El análisis de las intervenciones políticas de Pessoa en estas es atento y respetuoso, aunque ocasionalmente implacable, sosteniendo que Pessoa, al mirar la política principalmente «a través de la lente poética», se mostraba a menudo demasiado radical en su evaluación de los actores que ocupaban la escena pública⁹. Pero aunque los juicios que Zenith efectúa de este registro son casi siempre equilibrados y justos, carecen de la profundidad y el detalle del resto del libro. Para su biógrafo, la política no es una pasión, mientras que para Pessoa, impredeciblemente, sí lo era. Nada es más extraño que esta parte de su vida. Porque si rara vez se reafirmaba escribiendo poesía en su propia voz, Pessoa desplegaba una sorprendente fluidez y confianza en sí mismo cuando escribía sobre política. Esta parte olvidada de su obra es enormemente variada y abarca aportaciones a unas cincuenta publicaciones, borradores de artículos para periódicos ingleses o franceses, innumerables notas inéditas, de tono y nivel de compleción diversos. Por su enorme cantidad y diversidad, es dudoso que haya un poeta coetáneo que logre equipararse a su producción política, que nos llega como una expansiva mina de ideas sobre un tiempo desordenado, elaboradas por

⁸ El *paulismo* fue un ultrasimbolismo lánguido y decadente concebido bajo la influencia de Baudelaire y Mallarmé, mientras que el drama estático era una técnica tomada de Maeterlinck. Los poemas autoeditados de Pessoa en inglés recibieron una cálida acogida en *The Times Literary Supplement* del 19 de septiembre de 1918, aunque Zenith considera la reseña publicada por *The Glasgow Herald* ese mismo día, que criticaba el «inglés extranjero» de Pessoa, un juicio más perspicaz. R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 346, 360, 559.

⁹ *Ibid.*, p. 177.

una de las mentes más notables de la época tan capaz de mostrar un talento analítico incómodo como de caer en el exceso polémico. Una apreciación completa de los dones de Pessoa no puede dejar de tomar la medida a esta dimensión inesperada de los mismos.

Manteniéndose distante por igual de la opinión burguesa «demoliberal», del fascismo y del monarquismo tradicionalista, Pessoa se presentaba idiosincráticamente como un nacionalista averso al catolicismo, un duro crítico de la democracia y, sin embargo, un liberal orgulloso. Esa pose atrajo poca atención contemporánea. Como explica Paz, aunque «los bruscos reflectores del escándalo» alumbrasen momentáneamente su nombre en varias ocasiones, todas las veces volvió a desvanecerse en la negrura de la oscuridad¹⁰. Sus escritos políticos, a menudo incisivos, a veces exasperantes, siempre inusuales, nunca han suscitado una lectura póstuma comparable a la de su poesía, y la escasa atención que han recibido de los estudiosos ha sido en su mayor parte altamente crítica. La excepción principal es José Barreto, editor de una impresionante recopilación de textos de Pessoa sobre los temas del fascismo y la dictadura en Portugal y en el extranjero, muy bien producida por Tinta da China, que ofrece muchos documentos impresos por primera vez, una extensa introducción del propio Barreto, cuidadosas notas explicativas sobre los textos y descripciones exhaustivas de su proveniencia y su historia editorial¹¹. Las fotos de artículos periodísticos dan una idea de la cultura literaria del periodo, mientras que las copias de las notas manuscritas de Pessoa muestran la caligrafía terriblemente indescifrable del autor y el rechazo a las reformas ortográficas modernizantes introducidas por el gobierno republicano en sus primeros años de adulto. El enorme volumen del material político compuesto por Pessoa —el baúl en el que dejó sus escritos inéditos contenía unos veintiocho mil documentos— ha obligado sin embargo a Barreto a ser selectivo, tanto desde el punto de vista cronológico como del temático. Concentrándose en el periodo que va de 1923 hasta la muerte de Pessoa en 1935, la recopilación omite la fase altamente productiva de su vida que se extiende de 1914 a 1922, sin la cual ninguna revisión de los escritos políticos de Pessoa puede ser completa.

¹⁰ O. Paz, *Cuadrivio*, cit., p. 136.

¹¹ Fernando Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, José Barreto ed., Lisboa, 2015, 431 pp. [ed. cast.: *Sobre el fascismo, la dictadura militar y Salazar*, Madrid, 2018. La edición en castellano no incluye fotos]. La introducción de Barreto sigue un ensayo anterior en inglés titulado «Salazar and the New State in the Writings of Fernando Pessoa», *Portuguese Studies*, núm. 2, 2008, pp. 168-214, un estudio en algunos aspectos más detallado y sustancial.

Los comienzos de la república

Pessoa nació en Lisboa en 1888. Descendía, por parte de madre, de la nobleza menor de las Azores; y por parte de padre, de un general que luchó en el bando liberal durante las guerras civiles del siglo XIX, y como muchos portugueses era también en parte descendiente de judíos conversos. Cuando tenía cinco años, su padre, funcionario y crítico musical de un periódico lisboeta, falleció de tuberculosis, dejando a la familia en una situación económica precaria, a lo cual su madre puso pronto remedio casándose con un oficial naval nombrado cónsul portugués en Sudáfrica, lo que llevó al niño a Durban. Allí demostró ser un alumno excelente en el colegio colonial inglés en el que lo matricularon, absorbiendo a Poe, Keats y Tennyson, y aportando a la revista escolar un ensayo sugerente y precoz en defensa de Carlyle frente a Macaulay. Pero como ciudadano portugués sus perspectivas dentro del Imperio británico eran escasas y en 1905, a los diecisiete años, regresó solo a Lisboa, mientras su madre y su padraastro permanecían en África.

Pessoa llegó a Portugal en un momento de considerable agitación en el que la monarquía constitucional del país se encontraba paralizada por la rotación trepidante entre partidos políticos y una izquierda republicana insurgente. Aburrido pronto de sus compañeros de estudios, apenas duró un año en una enseñanza interrumpida por una huelga estudiantil. En 1908, el rey portugués y su heredero fueron asesinados por dos republicanos. La indiferencia ciudadana hacia los asesinatos escandalizó a Europa. En 1910 ya no existía la monarquía. La situación material de Pessoa cambió en 1909, cuando heredó el equivalente a unos 140.000 dólares actuales de una abuela que antes de morir había sufrido una prolongada demencia (el miedo a heredar la locura también preocuparía a Pessoa durante muchos años). Pero en un abrir y cerrar de ojos gastó toda su riqueza —y más— en una empresa editorial breve y malhadada a la que puso el nombre de un ave del antiguo Egipto, Ibis. Para saldar las deudas en las que se vio envuelto a partir de entonces, Pessoa empezó a realizar traducciones puntuales como traductor independiente para casas comerciales lisboetas; y financió, pidiendo incorregiblemente préstamos a familiares y amigos, una larga sucesión de nuevas empresas literarias fallidas y los pocos lujos de una existencia empobrecida: cafés diarios en sus cafeterías favoritas, *A Brasileira* y *O martinho da Arcada*; vino, brandy y cigarrillos; los trajes gastados pero elegantes en los que se le ve paseando en fotografías de la época, que compraba a crédito y a veces dejaba a deber¹².

¹² R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 246, 281-286, 304.

Portugal, un país agrario con una tasa de alfabetización de solo la cuarta parte de la población, se había convertido en la segunda república declarada del continente europeo. Pero los políticos liberales que asumieron el poder, incapaces de resolver la paradoja del avance político y el atraso socioeconómico, reciclaron los fallos de la monarquía, logrando solo uno de sus objetivos, la destrucción permanente del poder temporal de la Iglesia. Sobre este telón de fondo, Pessoa publicó en 1912 su primer gran ensayo: un estudio comparativo sobre la sociología literaria de Inglaterra, Francia y Portugal en la revista místico-nacionalista *A Águia* [El águila]. En Inglaterra, escribía Pessoa, la producción literaria había alcanzado su cumbre, tanto en contenido «nacional» como en calidad estética, entre 1580 y 1610, anticipándose a un periodo de gran logro político y civilizador. Durante la Commonwealth de Cromwell, «Inglaterra dio al mundo moderno uno de los grandes principios civilizadores que le son peculiares, el del *gobierno popular*, que después de la Revolución Francesa, escasamente creativa, se convirtió simplemente en la *democracia republicana*». Pero ello fue seguido por una drástica decadencia literaria y civilizadora. En el siglo XVIII, Inglaterra se limitó a «realizar, de manera apática y débil, el principio que había creado», alcanzando «su propia grandeza y nada más». La literatura inglesa de este periodo, basada en modelos franceses, fue «absolutamente nula y estéril», desprovista de carácter nacional. Solo a partir del siglo XIX, con la llegada de un Romanticismo en parte nacional y en parte internacional (es decir, alemán), había recuperado la literatura inglesa su fortuna. La trayectoria de Francia fue prácticamente la contraria. Su literatura fue desnacionalizada por el clasicismo del Antiguo Régimen y la «prematura» Revolución Francesa de 1789 no hizo realidad su promesa hasta más tarde, entre 1848 y 1870, con una maduración de la idea de república democrática y el trabajo de Víctor Hugo. Desde entonces, sin embargo, la fuerza civilizadora francesa se había desvanecido por completo y el país subsistía de principios creados en periodos anteriores (esto a pesar de que Pessoa estaba fuertemente influido por el simbolismo y el decadentismo).

Portugal, por el contrario, estaba experimentando simultáneamente condiciones sociales «pobres, deprimidas», una «lamentable» situación política y un clima literario prometedor y distintivamente «nacional» –se refería aquí con deferencia al director de *A Águia*, Teixeira de Pascoaes–, lo cual era señal de que pronto seguiría el modelo de desarrollo inglés. La llegada inminente de un «gran poeta», o «supra Camões», iría seguida por un renacimiento político y civilizador general¹³. La ambición de Pessoa

¹³ F. Pessoa, «A nova poesia portuguesa sociologicamente considerada», *A Águia*, vol. 2, núm. 4, Oporto, 1912.

de convertirse él mismo en esta figura está clara (y hoy podría decirse que estuvo a punto de fructificar, aunque sus nebulosas esperanzas de que se produjese un renacimiento portugués –en el que el país diera sus propios «principios» nuevos al mundo– se mantienen tan distantes como siempre).

La visión de dicho renacimiento que planteó Teixeira de Pascoaes, centrada en la *saudade* [nostalgia] como fuente de energía civilizadora renovada para el Portugal recientemente republicano, atraía sin duda a Pessoa, pero pronto emergieron diferencias. La visión del espíritu nacional planteada por Pascoaes era provinciana y pastoral, la de Pessoa, altamente abstracta y universalizadora. Otros miembros del círculo de *A Águia* consideraban a Pessoa «demasiado cerebral»¹⁴, y Pessoa viró hacia otra corriente: un pequeño círculo de escritores jóvenes, más pesimistas que el grupo de *A Águia*, más maliciosos, más inclinados a buscar inspiración en Europa. Entre ellos, en 1914 –diría Pessoa– llegó «la aparición de alguien en mí»: Alberto Caeiro, y tras él, Campos y Reis. Un año más tarde, Pessoa y sus nuevos amigos crearon una revista de vanguardia, *Orpheu*, que escandalizó a la seria elite literaria parnasiana de Portugal, que los tachó de «locos»¹⁵. (*Orpheu* respondió publicando en su segundo número poemas de un interno del hospital psiquiátrico lisboeta de Rilhafoles).

Enemigo convencido de la Iglesia, entusiasmado por la perspectiva de una república tras su regreso a Lisboa, Pessoa nunca fue un republicano radical. Asqueado por las celebraciones con las que fueron recibidos los regicidas, decidió que las medidas anticlericales de un gobierno provisional autodesignado iban demasiado lejos¹⁶ y el estallido de la guerra en Europa promovió un giro de su pensamiento a la derecha. Dolorosamente consciente de que la prensa británica desaprobaba la evolución republicana de Portugal, el propio republicanismo (moderado) de Pessoa tal vez fuera en parte una rebelión contra la identidad que había adquirido en Sudáfrica. Aunque nunca visitó Gran Bretaña, Inglaterra ocupó siempre, sin duda, un lugar conspicuo en el pensamiento de Pessoa, a menudo apareciendo en forma de figura paterna

¹⁴ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 324. Este sentimiento derivaba de Mário Beirão, que aparentemente lo alimentó durante el tiempo suficiente como para torpedear la esperanza de Pessoa de ganar un primer premio con su recopilación de poemas titulada *Mensagem* (un libro cuyo nacionalismo altamente abstracto probablemente confirmó a Beirão su juicio anterior), de cuyo jurado formaba parte: *ibid.*, p. 861.

¹⁵ De la reseña en la portada de *A Capital*, 30 de marzo de 1915. Mencionado en R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 447.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 259, 293.

cultural contra la que el poeta experimentaba resentimiento y a la que alternativamente intentaba impresionar. Aliada tradicional de Portugal y fuente de la propia educación de Pessoa, Gran Bretaña había provocado una oleada de indignación en 1890, cuando un ultimátum de Londres vetó las aspiraciones portuguesas al territorio situado entre Angola y Mozambique. Pessoa en aquel momento solo tenía dos años, pero el recuerdo nacional pervivió: Álvaro de Campos se vengaría a su debido tiempo de los británicos con un «Ultimatum» propio, denunciando a todos los participantes en la Gran Guerra por volver a hundir a Europa en la barbarie. Cuando estallaron las hostilidades en 1914, Portugal mostró, como era natural siendo el «aliado más antiguo» de Inglaterra, simpatía oficial por la Entente, aunque tuvo que ser forzado por el Reino Unido a entrar en la guerra en 1916 y a enviar tropas a Francia, un tercio de las cuales murió allí. Un año antes, mientras la república sufría su primera interrupción autoritaria –unos cuantos meses sin Parlamento, bajo el gobierno de Pimenta de Castro, oficial del ejército y profesor universitario de Coímbra (dos profesiones significativas para los políticos portugueses, como se demostraría)– Pessoa sopesó la idea de apoyar a Alemania. En este estado de ánimo escribió varias notas –algunas firmadas por el interno psiquiátrico neopagano «Antonio Mora»– a favor de las armas alemanas, incluida una en la que sostenía que «si bien un hombre, en las profundidades de su humanidad, puede horrorizarse ante las crueldades perpetradas por Alemania en Bélgica», estas debían entenderse, no obstante, como un ataque «al principio de los Estados pequeños». La simpatía por el país como Estado (y no por los belgas como pueblo) carecía de validez: «el sociólogo no puede admitir el derecho de Bélgica a existir como país»¹⁷. La defensa de Alemania por parte de Pessoa estaba relacionada con las teorías de este acerca del ascenso y la caída de la energía «civilizadora» nacional en *A Águia*: parecía creer que, de las naciones que luchaban entre sí en Europa, solo Alemania poseía en ese momento un conjunto de principios novedosos y atractivos (incluido, opinaba él, el paganismo)¹⁸.

Este giro en política exterior fue precedido por una funesta campaña contra importantes figuras de la república. El 3 de julio de 1915, el hombre fuerte del Partido Republicano Portugués (PRP), el belicista Afonso Costa, saltó de un tranvía tras confundir un cortocircuito con un intento de asesinato y fue hospitalizado, aunque sin heridas de gravedad. Con

¹⁷ Fernando Pessoa, *Ultimatum e páginas de sociologia política*, Lisboa, 1980, p. 38.

¹⁸ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 454.

ocasión de este suceso, Pessoa escribió una carta a un periódico, firmada por Álvaro de Campos, en la que insistía en la manera «deliciosamente mecánica» en la que la divina providencia parecía manifestarse a través de un tranvía eléctrico. En la prensa republicana este aplauso de la violencia provocó indignación, lo cual a su vez dividió *Orpheu*, que era políticamente diversa: Raul Leal, miembro monárquico del círculo, se puso de parte de Pessoa, pero el editor jefe, António Ferro, era partidario declarado de Costa y el PRP¹⁹. Sus amigos Mário de Sá-Carneiro y José de Almada Negreiros rechazaron el comentario y revelaron que Campos era Pessoa, explicando de manera sutil que su amigo había redactado la carta en estado de embriaguez. Miembros de un grupo paramilitar asociado con el PRP fueron a buscarlo al restaurante donde se reunía el grupo de *Orpheu* y Pessoa solo pudo escapar gracias a un soplo oportuno. Una carta inédita revela que Pessoa quería repetir el insulto y que presumiblemente solo los ruegos de sus amigos, que temían las consecuencias para la revista, le impidieron hacerlo. Era demasiado tarde. Los planes para el tercer número se vinieron abajo y el grupo se disolvió. Sá-Carneiro, el mejor amigo de Pessoa, huyó a París, donde al año siguiente se suicidó con estricnina. *Orpheu* no publicó ningún número más²⁰.

La guerra y la posguerra

Los levantamientos monárquicos y las escisiones del PRP estuvieron, mientras tanto, acompañados por la corrupción endémica y la alternancia constante de gobiernos (el cómputo final fue de cuarenta y seis en quince años, solo una pequeña mejora respecto a las últimas décadas de la monarquía). Una creciente sensación de absurdo caracterizó los esfuerzos de la elite tímidamente moderna y cosmopolita de Portugal para presidir un país que no se había librado de sus condiciones medievales. La desilusión con la promesa del gobierno parlamentario era casi universal entre los jóvenes educados. En 1914, muchos de los pocos miles de estudiantes universitarios del país, hijos de terratenientes y de industriales por igual, habían cambiado el liberalismo de sus padres por el tradicionalismo retrógrado de Integralismo Lusitano –un movimiento

¹⁹ *Ibid.*, p. 475.

²⁰ Véase Antonio Almeida, «“Brandindo o cutelo da Maldição”: Em torno do manifesto *O Bando Sinistro* de Raul Leal», *Pessoa Plural*, núm. 8, 2015, pp. 564-601. Zenith, describiendo el incidente, considera exagerado el peligro de linchamiento y sostiene que la partida de Sá-Carneiro no tuvo nada que ver con el episodio: R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 473-474.

monárquico y católico inspirado por Action Française (aunque menos militante)– que disfrutó de un exponente talentoso en António Sardinha (1887-1925) y de una breve entrada en política cortesía del mayor Sidónio Pais, dictador carismático que gobernó varios meses tras un golpe de Estado militar dado en 1917²¹.

Pessoa había desarrollado un gusto por la polémica política y la deserción de sus amigos en el episodio de Costa no lo desanimó. A comienzos de 1915 había sido contratado como columnista por el periódico *O Jornal* y despedido enseguida por burlarse de los monárquicos²². En 1918, tras el asesinato de Sidónio Pais, Pessoa se unió a un grupo de antiguos partidarios del breve «presidente-rey» (el término es suyo) en torno a la revista *Acção*, mientras la república volvía para una repetición destinada al fracaso, que duró hasta su derrocamiento definitivo por los militares en 1926. En *Acção* lanzó repetidos ataques contra la democracia y la noción de opinión pública, aduciendo que la ciencia moderna había demostrado que las personas son, en su mayoría, incapaces de pensar por sí mismas (es probable la influencia de la *psychologie des foules* de Gustave Le Bon). El siglo XVIII había considerado al hombre un animal racional; el XX sabía que era irracional. Lamentando la pérdida de Pais como «otro Alcácer-Quibir» –la batalla contra los musulmanes en 1578 en la que Portugal perdió al rey Sebastián, que había inspirado, tanto en Brasil como en Portugal, una duradera creencia popular de que un día volvería para restaurar la gloria del imperio– Pessoa trató el milenarismo secular del *sebastianismo* como una especie de rizoma ideológico en el que injertar un salvador nacionalista para los tiempos modernos. Responsable de este giro fue un tratado neosebastianista de un escritor portugués de la generación anterior que, como Pessoa, se había sentido atraído por el ocultismo: el libro publicado por Sampaio Bruno en 1904, *O encoberto*²³. Zenith se pregunta cómo pudo Pessoa dedicar tanto tiempo a escribir para *Acção*, interpretando el papel poco convincente del reaccionario (él propone un enamoramiento de otro redactor)²⁴. De hecho, el elogio de Pessoa a Pais fue principalmente póstumo: una vez muerto, el mayor era inocuamente abstracto, y la forma principal en la que Pessoa era capaz de amar, tanto política como personalmente, era de manera abstracta.

²¹ Véase Herminio Martins, «Portugal», en S. J. Woolf (ed.), *European Fascism*, Nueva York, 1969, pp. 308-313.

²² R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 456.

²³ *Ibid.*, p. 424.

²⁴ *Ibid.*, p. 578.

Pero Pessoa siempre mantuvo la distancia con los *integralistas* y a menudo se situaba a su izquierda. Estos esfuerzos incluyeron un choque sintomático con un grupo de estudiantes católicos y monárquicos en la Universidad de Lisboa acerca de la decisión de Pessoa de publicar los poemas homoeróticos de António Botto en 1922, y el provocativo himno de Raul Leal a la homosexualidad, *Sodoma divinizada*, al año siguiente²⁵. Cuando los estudiantes tacharon estas obras de «basura», Pessoa escribió dos panfletos en defensa de sus amigos, uno firmado con el nombre de Álvaro de Campos y otro bajo su propio nombre, pero sin resultados: las autoridades confiscaron todos los ejemplares de los textos transgresores que encontraron y los quemaron. En posteriores notas inéditas, Pessoa atribuyó de manera repetida a Integralismo Lusitano un origen inapropiadamente francés, en desacuerdo con las necesidades portuguesas, mientras ponía a Maurras sobre sus pies al sostener que el individualismo «anglosajón» no era una amenaza para la civilización europea, sino su mayor virtud. «Un Maurras que, pobre, repudiando a Kant repudia al mayor opositor del racionalismo vulgar»²⁶. Criticando a los *integralistas* con un estilo nietzscheano-trasimaquiano, sostenía que solo los débiles y los ignorantes, incapaces de competir bajo el capitalismo, recaían en ideales imaginarios de una forma social obsoleta, el corporativismo medieval²⁷.

Otro indicio del liberalismo hiperindividualista de Pessoa en esta época lo aporta un relato de 1922, que en cierta medida parece producto de una Ayn Rand más sutil, titulado «El banquero anarquista». En él, un financiero rico explica que su rapacidad, lejos de traicionar sus convicciones anarquistas anteriores, es completamente congruente con ellas, porque su propio ascenso desde un origen humilde a una gran riqueza lo ha liberado del control distorsionador de la «ficción social» del dinero, disminuyendo así el poder total de las instituciones artificiales que limitan la libertad natural del hombre. Adscribiendo la existencia continuada de la pobreza a la falta de ingenio y talento de los pobres –es decir, a las «desigualdades naturales» que el anarquismo no puede y no pretende solucionar– acaba saludando el dicho más notorio de Aristóteles: «Si un hombre ha nacido para esclavo, la libertad, siendo contraria a su naturaleza, sería para él una tiranía».

²⁵ Véanse *ibid.*, pp. 624-626; y José Barreto, «Fernando Pessoa e Raul Leal contra a campanha moralizadora dos estudantes em 1923», *Pessoa Plural*, núm. 2, 2012, pp. 240-270.

²⁶ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 55 [ed. cast.: p. 62].

²⁷ *Ibid.*, p. 79.

Reacciones al fascismo

Con esto llegamos a 1923 y al final del periodo de los escritos políticos de Pessoa abarcado por la recopilación de Barreto, que cubre el periodo marcado en Europa por el ascenso del fascismo, y en Portugal por la decadencia de la república y el establecimiento del Estado Novo. El estudioso António Costa Pinto ha sostenido que, de no ser por las pronunciadas tendencias católicas y tradicionalistas del régimen de Salazar —es decir, si Salazar hubiera sido un fascista más típico—, probablemente Pessoa lo hubiera apoyado²⁸. Barreto, por el contrario, sostiene que la hostilidad al corporativismo no solo apartó a Pessoa de las teorías económicas *integralistas*, sino de las fascistas más en general, y ofrece pruebas convincentes de que Pessoa fue un crítico constante del fascismo tal y como se entendía el término en su momento, esto es, en la forma del régimen de Mussolini en Italia. Si bien reconocía el carisma personal («prestigio» era el término preferido por él) del Duce y parecía sugerir que el sur de Europa estaba condenado a la dictadura o a la monarquía absoluta, era más en un espíritu de fatalismo que de apología. El fascismo italiano en sí lo calificó repetidamente de tiranía²⁹. En una nota reveladora que Barreto data en 1923-1925, escribió lo siguiente acerca del régimen: «Los fascistas le matan al abuelo, pero usted tiene la seguridad de que, yendo en tren, llega a tiempo para el entierro»³⁰.

En 1926 Pessoa publicó anónimamente en un periódico republicano una extraña entrevista inventada con un antifascista italiano ficticio que declara loco a Mussolini y a continuación afirma que el fascismo no es más que un ardid. El mundo está «dirigido por fuerzas especiales», cuya naturaleza se niega a especificar. El documento es un revoltijo de los verdaderos sentimientos antifascistas de Pessoa y su propia veta irremprimiblemente estrafalaria. Cuando la embajada italiana escribió para quejarse de que Angioletti no existía, Pessoa se inventó alegremente otra carta con el nombre de Angioletti afirmando su existencia³¹. Un mes antes de su muerte, en 1935, fue más directo, y redactó una denuncia feroz contra la invasión italiana de Abisinia cuya publicación fue prohibida

²⁸ António Costa Pinto, «Modernity versus Democracy? The Mystical Nationalism of Fernando Pessoa», en Zeev Sternhell (ed.), *The Intellectual Revolt Against Liberal Democracy*, Jerusalén, 1996, p. 354.

²⁹ «Introducción» a F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 20.

³⁰ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 57 [ed. cast.: p. 64].

³¹ *Ibid.*, pp. 82-89.

por la censura³². Sobre el Tercer Reich tenía menos que decir, aunque su desprecio por Hitler estaba claro: «su propio bigote es patológico». Por los gobiernos autoritarios del sur de Europa, que no eran en sí mismos fascistas, experimentaba más simpatía, comparando en un toque de clarividencia la situación de España en 1930 –con el destino de la monarquía en la balanza– con la de Portugal en 1910, y advirtiendo de las consecuencias potenciales de la falta de «prestigio» personal de Primo de Rivera³³. Ocho meses después de su muerte, al otro lado de la frontera había estallado la guerra civil.

Dejando a un lado unos cuantos arrebatos de Álvaro de Campos, nunca plenamente convincentes, Pessoa no tenía mucho estómago para la violencia política. Pero está claro que durante buena parte de su vida le atrajo un tipo particular de gobierno autoritario. ¿Qué fue entonces lo que le impidió sucumbir a las tentaciones del fascismo? Barreto lo atribuye a una anglofilia tanto filosófica como estética, citando para ilustrarlo una descripción que Pessoa hizo de sí mismo en 1935: «Conservador de estilo inglés, esto es, liberal dentro del conservadurismo, y absolutamente anti-reaccionario»³⁴. Aparte de la influencia de Carlyle en su juventud, la lectura de Herbert Spencer lo atrajo a posiciones que Barreto no se resiste a llamar «protohayekianas»: la defensa de un Estado limitado o mínimo, el odio al corporativismo, la insistencia en la libertad total del individuo, la creencia en la similitud esencial entre fascismo y comunismo. Este lado del pensamiento de Pessoa, junto con su respeto a la dignidad humana y su insistencia en la independencia de los intelectuales, sirvió en opinión de Barreto de «antídoto» contra las tentaciones del fascismo.

Democracia y dictadura

No cabe duda, al mismo tiempo, de que Pessoa fue crítico con la democracia. Su rechazo de los sistemas democráticos estuvo dirigido, sin embargo, al menos parte del tiempo, a la incapacidad de estos para cumplir los ideales que proclamaban y no a los ideales en sí mismos. La Primera República portuguesa era una fachada para el dominio de una oligarquía corrupta; más en general, la noción de «opinión pública», tan comúnmente entendida e identificada con la democracia, no captaba la perspectiva mental y política de la mayoría. El odio acumulado por Pessoa hacia la Primera

³² *Ibid.*, pp. 341-347.

³³ *Ibid.*, pp. 213, 151-154.

³⁴ *Ibid.*, p. 291 [ed. cast.: p. 279].

República le hizo apoyar dos veces la dictadura, la primera en 1918 y de nuevo en 1926. Pero Barreto sostiene que un análisis cuidadoso de su gran ensayo titulado *O Interregno*, de 1928, una «defensa y justificación» del régimen militar que había dado un golpe de Estado en 1926 –citado comúnmente como prueba de su inclinación autoritaria– revela que solo lo defendía como «estado de transición» necesario hacia un gobierno futuro, «basado en la opinión». Considerado en su contexto, mientras la dictadura sopesaba si devolver el país al régimen parlamentario o consolidarse de manera permanente, juzga que el ensayo de Pessoa defiende de manera implícita la primera de estas vías³⁵.

Pero la dictadura se consolidó. Bajo la influencia rectora del profesor de Economía de Coímbra y político católico António de Oliveira Salazar, que con sus presupuestos tecnocráticos equilibrados ganó la partida a los generales que estaban al mando después de 1926, el gobierno militar de Portugal evolucionó a partir de 1930 hacia un nuevo régimen corporativista-autoritario. Después, la actitud cambiante de Pessoa hacia Salazar y su Estado Novo cuenta su propia historia. Al principio se produjo un elogio reservado al talento de Salazar como ministro de Economía, mezclado con expresiones de confianza en su estilo de gestión, aunque «por desgracia, lo que es de más es católico»³⁶. En una nota especialmente característica que Barreto data en 1932 o 1933, Pessoa escribió:

El profesor Salazar tiene, en altísimo grado, las cualidades secundarias de la inteligencia y de la voluntad. Es el tipo del perfecto ejecutor de las órdenes de quien tenga las cualidades primarias. [...] tiene una inteligencia lúcida y precisa; no tiene una inteligencia creadora o dominadora. Tiene una voluntad firme y concentrada; no la tiene radiante y segura. Es un tímido cuando osa, y un incierto cuando afirma. [...] no es un estadista: es un organizador [...]. Un país debe gobernarse *con* contabilidad; no puede gobernarse *por* contabilidad. Presenciamos la cesarización de un contable³⁷.

No obstante, Pessoa intentó mantener una mente abierta. En 1934 presentó su libro de poemas nacionalistas «heráldicos», *Mensagem*, a un concurso literario organizado por António Ferro, antiguo republicano de izquierda y colaborador de Pessoa en la cabecera de *Orpheu*, que se había convertido ahora en el principal propagandista de Salazar, y aspiraba a estimular su régimen con una ofensiva cultural inspirada en la exitosa

³⁵ J. Barreto, «Introducción», *ibid.* pp. 21-25 [ed. cast.: pp. 28-31].

³⁶ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 178 [ed. cast.: p. 177].

³⁷ *Ibid.*, p. 179 [ed. cast.: pp. 178-179].

movilización de las vanguardias literarias y visuales verificada en la Italia de Mussolini. *Mensagem*, descrito por Pessoa como la sustracción de todos los elementos de su inventiva excepto el nacionalismo místico, era un mensaje cifrado y desconcertante. Al jurado reunido por Ferro, el prometededor valor propagandístico del tema nacionalista de *Mensagem* (reyes y héroes en la Era de los Descubrimientos) y un entusiasta clarín final («¡Es la hora!») debió de parecerles prácticamente anulado por su estilo críptico y sus intrincadas elaboraciones oximorónicas. Le concedieron el premio, en su lugar, a los versos burdamente empalagosos con los que un fraile franciscano elogiaba la devoción popular³⁸. Abochornado por este resultado, Ferro se las arregló para aumentar la dotación del segundo premio y concedérselo a Pessoa, y consiguió además que un periódico importante publicara una reseña elogiosa de *Mensagem*. Convencido de que su talento no era adecuadamente reconocido, e indiferente a esta maniobra, Pessoa decidió abandonar las tentaciones de la literatura oficial. El discurso del dictador en la ceremonia de entrega del premio por *Mensagem*, en el que exigía que los intelectuales portugueses siguieran las «directivas» de su propia «política del espíritu», escandalizó y enfureció a Pessoa, que había boicoteado el acto³⁹. Con el dinero del premio pagó sus deudas y procedió a lanzar un ataque abierto contra la prohibición de la masonería, que el régimen asociaba con la clase política republicana, en un artículo titulado «Sociedades secretas». La prensa oficial reaccionó con un torrente de refutaciones y Salazar ordenó a los censores que impidieran que Pessoa respondiera a las mismas.

La publicación de «Sociedades secretas» en febrero de 1935 marcó una ruptura abierta entre Pessoa y el régimen de Salazar y desde entonces hasta su muerte, en noviembre, el tono de sus escritos sobre el régimen se volvió uniformemente hostil⁴⁰. Varios poemas satíricos mordaces retrataban a Salazar como «pobre tiranito» que se «bebe la libertad».

³⁸ Orlando Raimundo, *António Ferro: O inventor do Salazarismo*, Lisboa, 2015, menciona la memorable descripción que João Gaspar Simões hizo del ganador: «Tan pobre en calidad literaria como el fundador de la orden franciscana en bienes materiales».

³⁹ La noción de «política del espíritu» estaba tomada, como se vería, de la obra de otro poeta dado a la escritura política. Ferro había animado a Paul Valéry a escribir una introducción a una recopilación de discursos de Salazar, y había sacado de ella la idea: véanse *ibid.*, p. 154; y R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 822. Nathaniel Rudavsky-Brody, «Paul Valéry and the Mechanisms of Modern Tyranny», *Hedgehog Review*, vol. 23, núm. 1, 2021, ofrece un análisis prólijo del ensayo de Valéry.

⁴⁰ J. Barreto, «Introducción» a F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 39.

Disecionó su nombre en dos, *sal* y *azar*, e imaginaba la llegada de un temporal que disolviera la sal, confundiendo a Salazar, que sin embargo resultaría duradero, con un dictador transitorio como Pais o Pimenta de Castro. La nueva política de Pessoa tenía extraños compañeros de viaje: llegó a enviar un poema antisalazarista, «Liberdade», a *Seara Nova*, una revista republicana que representaba a una facción que le causaba un profundo desagrado⁴¹. Quizá el más eficaz de estos últimos poemas políticos fuera «Poema de amor em Estado Novo», un pastiche del «Soneto 18» de Shakespeare con los lemas usados por la red propagandística de Ferro para promocionar la perspicacia económica de Salazar. Poniendo de manifiesto el absurdo de plantear exigencias políticas a la literatura, Pessoa hace que su portavoz compare el objeto de su amor con el presupuesto nacional: «No sé por qué me desprecias / Atiéndeme un instante más / Lindo recorte de gastos»⁴².

Por la misma época en la que Pessoa rompía con Salazar en Lisboa, T. S. Eliot negociaba en Londres con Faber&Faber los derechos en inglés de las serviles entrevistas hechas por Ferro al dictador, convertidas en libro para su traducción en varios países europeos, con el título *Salazar: Portugal and her Leader*. Curiosamente, Pessoa parece no haber registrado nunca la estatura de Eliot como poeta: sus aportaciones a la revista *Blast* editada por Wyndham Lewis, cuyos dos números leyó Pessoa, no produjeron aparentemente ningún efecto en él. De haberle interesado, y de haber vivido más, le habría consternado ver la llegada de Eliot a Portugal como invitado del régimen en 1938 y apesadumbrado lo que declaró acerca de su experiencia, escribiéndole a Ferro sobre su «gobierno ilustrado y de amplias miras» y su «respeto y admiración por el Dr. Salazar, formado por la lectura» y confirmados «tras haber tenido el placer de conocerlo»⁴³. Ningún sentimiento podría haber estado más alejado de Pessoa.

En un artículo inusualmente preciso y medido que escribió en ese mismo periodo, que esperaba publicar en el semanario parisiense *Les nouvelles littéraires*, Pessoa relató las pacientes maniobras de Salazar para consolidar su poder dentro de la dictadura y su agudo sentido de la influencia que le otorgaba su experiencia en los asuntos financieros. En

⁴¹ El poema no se publicaría hasta dos años después de la muerte de Pessoa y lo haría con la última estrofa eliminada por los censores: véase *Seara Nova* 526, 11 de septiembre de 1937.

⁴² F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 377 [ed. cast.: p. 354].

⁴³ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 900-901.

cuanto al temperamento del dictador, era «inteligente sin flexibilidad, religioso sin espiritualidad», una especie de materialista católico que era un ateo nato, que meramente resultaba ser devoto de la Virgen. Estaba en camino un cambio en la naturaleza de la dictadura portuguesa, del tipo militar «simple», similar a la de Primo de Rivera en España, a algo más del orden de la de Mussolini en Italia⁴⁴. Buscando en apariencia una vuelta a la forma «simple», Pessoa redactó una carta al presidente portugués, el general Carmona, rogándole que controlara la influencia de Salazar. El Estado Novo no era lo que el «Estado de transición» de *O Interregno* –un texto que, escribía en una nota de marzo de 1935, «debería considerarse inexistente»– se suponía que iba a ser⁴⁵. Pessoa pretendía reconciliar la defensa de la masonería con su orgullo por el pasado portugués mediante una nueva teoría del «nacionalismo liberal», que debía exponer en un artículo para el que dejó redactadas una docena de notas, pero falleció antes de completar el borrador. Para Barreto, esta última fase refleja la persistente contradicción existente entre los principios liberales de Pessoa y su apoyo a una dictadura «de transición». Y tampoco habría alcanzado necesariamente mayor claridad de haber vivido: es posible que la Guerra Civil española no hubiera hecho sino confirmar su idea de que hacía falta una «dictadura liberal»⁴⁶.

Veredictos sobre Pessoa

Barreto, investigador del prestigioso Instituto de Ciências Sociais de la Universidad de Lisboa, pertenece a la generación que alcanzó la mayoría de edad en los últimos años del Estado Novo. Antes de su trabajo sobre Pessoa, efectuó estudios sobre la historia del movimiento obrero portugués (resaltando las deformaciones del corporativismo persistentes en el sindicalismo contemporáneo) y de la Iglesia católica (resaltando la resistencia católica al Estado Novo). Un motivo importante de su trabajo sobre Pessoa ha sido evidentemente el de defender al poeta de las acusaciones de que había apoyado al régimen de Salazar o de que había albergado simpatías por el fascismo, planteadas no solo por António Costa Pinto, sino también por Alfredo Margarido y Manuel Villaverde Cabral (compañero de Barreto en el ICS-UI), ambos exiliados políticos antes de 1974; Margarido por su actividad en Angola durante la guerra colonial y Villaverde Cabral por su pertenencia al ilegalizado Partido Comunista Portugués.

⁴⁴ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 320.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 289.

⁴⁶ J. Barreto, «Introducción», *ibid.*, p. 44 [ed. cast.: p. 54].

¿En qué medida se sostiene la defensa que Barreto hace de Pessoa? En lo referente al fascismo en Italia y Alemania, claramente Barreto se impone a los críticos de Pessoa, al documentar bien la oposición del poeta al régimen de Mussolini. Dada la inclinación de Pessoa a lo ofensivo, serían de esperar también acusaciones de otras formas de prejuicio: racismo o antisemitismo. Sabemos por Barreto que Pessoa, que siempre había sentido atracción por lo esotérico, escribió varios fragmentos febriles sobre la «conspiración de los 300» –un círculo oculto que supuestamente domina el mundo– en los que despreciaba el «subjudaísmo», en apariencia un sinónimo del vulgar materialismo. No se nos dice, sin embargo, que planeaba publicar una edición de *Los protocolos de los sabios de Sion* en su editorial, Olisipo (planes que abandonó)⁴⁷.

Barreto ha sostenido en la prensa portuguesa que Pessoa no era racista⁴⁸. Dicha afirmación no soporta la prueba de su comentario, en una carta abierta y no enviada a Woodrow Wilson, que Zenith publica por primera vez en su biografía: los negros «no son seres humanos, sociológicamente hablando. El mayor crimen contra la humanidad ha sido la abolición de la esclavitud»⁴⁹. Para compensar este arrebato, Zenith aporta la crítica de Pessoa a la invasión italiana de Abisinia como prueba de que más tarde cambió de opinión. En realidad, la carta de Pessoa a Wilson, que llevó el «Discurso ocasional» de Carlyle a su conclusión lógica, es un ejemplo extremo de los arrebatos frecuentes en los escritos privados de Pessoa y quizá no algo que él hubiera publicado nunca o siquiera que defendiera, como sugiere Zenith. Por otra parte, tampoco es seguro que el texto sobre Abisinia indicara un cambio de opinión general por parte de Pessoa. Su tipo de humanismo ha estado siempre en desacuerdo con una creencia firme en las jerarquías naturales: Aristóteles a través de Herbert Spencer.

¿Sería acaso más adecuado calificarlo de poeta del neoliberalismo *ante diem* que de fascista incipiente? Sin duda Hayek, con quien Barreto compara a Pessoa, era otro anglófilo interesado por la posibilidad de la dictadura liberal, que envió un ejemplar de *Los fundamentos de la libertad* a Salazar. El archioponente de Barreto, Margarido, también habló, curiosamente, del «liberalismo ortodoxo en grado sumo» de Pessoa en uno de sus prime-

⁴⁷ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 55; R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 609.

⁴⁸ «Historiador José Barreto afasta acusações de racismo na obra de Fernando Pessoa», *O Observador*, 15 de febrero de 2019.

⁴⁹ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., p. 534.

ros ensayos sobre el pensamiento político del poeta⁵⁰. En este sentido, el intenso debate en curso entre los académicos portugueses acerca de la relación de Pessoa con Salazar corre el riesgo de sufrir una crítica de estilo pessoano: la de ser provinciano y anticuado (relacionado, o no, con la forma en la que en algunos aspectos el propio Portugal de hoy parece una reversión a una época política anterior de Europa occidental, con un Partido Socialista todavía en el poder, un Partido Comunista con diez veces más diputados que la extrema derecha y un frente amplio contra la austeridad practicada en otras partes de la UE).

¿Es justo, sin embargo, interpretar a Pessoa como un neoliberal? *El banquero anarquista* pretendía ser una sátira de Proudhon, como nos recuerda Zenith, aunque otros escritos sugieren que la sarcástica reconciliación que en él se hace de libertad y jerarquía social era sincera⁵¹. Pero Pessoa era también una especie de antimaterialista y sus compromisos estéticos ejercían de contrapeso a su «liberalismo ortodoxo». Considérese el sentimiento ambiguo que expresaba hacia el capitalismo estadounidense en los artículos publicados en la *Revista de Comércio e Contabilidade*, editada por su cuñado: puede que el pragmatismo estadounidense fuera productivo, sin duda los logros de Henry Ford eran, a su manera», «admirables pero esta era una cultura que producía ricos que no sabían que eran ricos, de los que era posible burlarse con preguntas como «¿Cuántos de ustedes tienen un harén, un verdadero harén?»⁵². La civilización estadounidense tenía «el máximo del mínimo»; allí, las personas «no crean: *organizan*»⁵³.

En conjunto, podría decirse que Barreto difumina los contornos de la concepción que Pessoa tenía de la democracia, tachándolo en ocasiones francamente de antidemocrático y presentándolo en otras como un mero crítico agudo de la incapacidad de las democracias existentes para hacer realidad los ideales profesados. La asociación que establece entre

⁵⁰ Alfredo Margarido, «La pensée politique de Fernando Pessoa», *Bulletin des études portugaises*, núm. 32, 1971, p. 152.

⁵¹ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 533, 619.

⁵² *Revista de Comércio e Contabilidade*, núm. 4, junio de 1926; citado en *ibid.*, p. 668.

⁵³ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 52 [ed. cast.: p. 59]. El verbo *arranjar* Pessoa lo usaba más cerca de casa, tachando en ocasiones de Salazar de mero «organizador». Las evaluaciones estadounidenses podían ser muy distintas, de maneras que Pessoa habría considerado una reivindicación de su punto de vista: véase la descripción ampliamente citada que Dean Acheson hizo de Salazar, a quien llamó «rey-filósofo»

O Interregno y el pensamiento posterior de Pessoa, en lugar del anterior, parece especialmente forzada. Como sugiere el título, Pessoa defendió la necesidad de la dictadura militar para establecer un sentimiento de unidad nacional, carente entre los portugueses en aquel momento, pero esencial para el establecimiento –en algún punto del futuro quizá distante– de un gobierno «basado en la opinión pública». Para Pessoa, sin embargo, el gobierno basado en la opinión pública no solo era compatible con la democracia, sino también con regímenes de muchos tipos diferentes.

Barreto tiene razón al afirmar que *O Interregno* no es un tratado profascista. Las fuerzas que respaldaron el golpe de Estado incruento de 1926 no eran en primera instancia fascistas, ni siquiera de extrema derecha. La consigna de los generales, que tenían en la mente el fracaso de la dictadura de Sidónio Pais respaldada por los *integralistas*, era una oposición general al parlamentarismo de la primera República portuguesa bajo el régimen del PRP, proyecto en el que Salazar entró (inicialmente) como tecnócrata, no por ser un católico conservador⁵⁴. *O Interregno* permitió a Pessoa reconsiderar las teorías de la opinión pública que había avanzado en los ensayos publicados en *Acção*. Ahora sostenía que la opinión pública era un fenómeno parcialmente racional en vez de completamente irracional (como afirmaba antes). El ensayo abarcaba una danza dialéctica entre el instinto progresista y el hábito conservador, con la ocasional «intrusión abusiva» del intelecto activo. De las tres bases de gobierno posibles –fuerza bruta, autoridad tradicional y opinión– solo la última era viable para los países modernos, porque la Ilustración había desacreditado de manera irreversible la autoridad tradicional.

Pero la opinión pública era orgánica y no podía ser impuesta a las personas. El error de la Revolución Francesa había sido el de asumir que la constitución inglesa era una «verdad metafísica» o una «fórmula» que era posible imponer como tal y no el resultado idiosincrático de una serie de accidentes⁵⁵. La Primera República portuguesa nació sin la existencia de la opinión pública firme que podría haberla sostenido y por eso había fracasado, como fracasarían todos los intentos posteriores del mismo tipo. Incluso allí donde hubiera tomado forma una opinión pública, el régimen que respondiese a ella no tenía por qué ser necesariamente parlamentario o democrático. En Portugal, estas eran consideraciones que solo podían obtenerse en una fase posterior: en ese momento, lo que hacía falta era

⁵⁴ A. H. de Oliveira Marques, *History of Portugal*, vol. 2, Nueva York, 1972, p. 179.

⁵⁵ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 114.

una especie de no-régimen, una especie de Estado gendarme *avant la lettre* dedicado solo a mantener el orden, que estimulara el crecimiento de una «idea» nacional. Las Fuerzas Armadas eran las únicas en posición de proporcionar dicho régimen. La dictadura militar, bien con el actual régimen o con otro, era la única forma de hacer avanzar el país.

Buena parte de la ingenuidad de *O Interregno* se corrige en los escritos posteriores de Pessoa sobre Salazar. Tras respaldar la dictadura militar como solución a la división nacional en 1928, en 1934 veía que el desprecio del «espíritu de partido» por parte de Salazar era mera retórica, que la Unión Nacional oficial no era la antítesis de un partido –la línea oficial– sino un mero «partido con el signo de menos»⁵⁶. Pessoa llegó a rechazar el Estado Novo porque personificaba tendencias ideológicas como el maurrasismo, que él consideraba ajeno al espíritu nacional al ser importado de Francia. En los términos de *O Interregno* no era ni un mero Estado de transición ni un verdadero gobierno de opinión resultante del Estado de transición.

Habría que preguntar qué creía Pessoa exactamente que era inherente al espíritu nacional portugués. No podía ser el trono y el altar, ni la respuesta de Teixeira de Pascoaes, la *saudade*. Quizá fuera meramente lingüístico: «Mi patria es la lengua portuguesa», escribió en 1931⁵⁷. La mejor respuesta que Pessoa podía dar en *O Interregno* era una no-respuesta en el sentido de que los portugueses estaban paralizados por una falta de voluntad nacional y necesitaban adquirirla lo antes posible. *Mensagem* fue su respuesta última y más misteriosa: Portugal se encontraba enterrado bajo un montón de galimatías simbólicos dejados por la Era de los Descubrimientos, en la promesa mística del retorno del rey Sebastián.

Censura, masonería

La trayectoria del Estado Novo guardaba en realidad un parecido algo más que pasajero con el gobierno futuro que Pessoa había predicho en *O Interregno*. El Estado Novo solo era, en cierto sentido, un vástago de la dictadura militar que lo precedió: Salazar fue encajado en el poder por el ejército y fue un levantamiento militar el que echó abajo a su sucesor, Marcello Caetano, en 1974. Afirmando representar a la nación portuguesa, tras la muerte en 1932 de Manuel II en el exilio, el Estado Novo

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 230-237 [ed. cast.: 223-231].

⁵⁷ Bernardo Soares, *Libro del desasosiego*, Barcelona, 2008.

resolvió discretamente el que a Pessoa le parecía el principal obstáculo para la unidad portuguesa, la pugna entre monárquicos y republicanos. También paradójicamente, al librar las brutales guerras coloniales que finalmente lo deshicieron, el Estado Novo dio a los portugueses lo que para Ernest Renan constituía un ingrediente crucial de la identidad nacional: algo que olvidar conjuntamente.

La defensa que Barreto hace del giro tardío de Pessoa contra el Estado Novo encuentra una ilustración impresionante en el material inédito del poeta. No resulta tan sorprendente, en último término, que Salazar –devoto, introvertido, tecnócrata– resultase finalmente una figura desagradable y antinacional para Pessoa. Más débil, en el retrato que Barreto hace de la política de Pessoa, es su descuido –¿paréntesis discreto?– de la falta de previsión que caracterizó las oscilaciones de dicha política. Tras rechazar con anterioridad las quejas sobre la censura, por ejemplo, Pessoa justificó su oposición posterior al régimen distinguiendo entre la censura meramente «negativa» (impedir a los escritores publicar ciertas opiniones o abordar ciertos temas) y la censura «positiva», más obstructiva, que ordenaba escribir ciertas opiniones. ¿Casuística ocultando la tergiversación? En un fragmento en inglés sobre el Estado Novo recién inaugurado, fechado por Barreto en 1933, Pessoa podía escribir: «Ahora la presente dictadura puede calificarse sinceramente de liberal. Aparte de la censura de la prensa, que no es muy dura y es principalmente mutiladora [*sic*] de los productos del fanatismo político inútil [...] en Portugal no hay opresión». Solo dos años después, se encontraría protestando airadamente contra la mutilación de su propio trabajo.

En «Sociedades secretas», elemento central de la explicación que Barreto ofrece del giro experimentado contra Salazar, Pessoa hace una defensa ajustada de la masonería en sus términos estrictos, sin apelar a los principios liberales; y si bien lanza varios insultos contra la inteligencia del autor de la ley antimasonónica, no efectúa una crítica amplia contra el régimen. Cuando su artículo fue objeto de ataques, Pessoa redactó una respuesta –inédita, con la prohibición de Salazar en vigor– insistiendo en que seguía siendo *situacionista* (defensor del sistema) y afirmando absurdamente que tenía derecho a mantener sus principios liberales y al mismo tiempo respaldar al para entonces explícitamente antiliberal Estado Novo.

¿Qué podría haber ocurrido si Pessoa no hubiese muerto a finales de 1935? ¿Habría mantenido su oposición al Estado Novo, aceptando el exilio, la cárcel o el silencio forzoso, o podría haber encontrado una forma de

adherirse al nuevo régimen? Pessoa apreciaba tanto su independencia que esto último es difícil de imaginar, pero también es difícil pensar que dejase Lisboa, o que sobreviviese en general en la era del Estado Novo, que empezó en serio el año posterior a su fallecimiento. La producción literaria de Pessoa, altamente plural, solo parece posible en el mundo de la malhadada República portuguesa, llena de fuerzas rivales y entusiasmos vanguardistas.

El propio poeta pareció darse cuenta de esto. El absurdo se convierte en tragedia en las últimas notas de la recopilación de Barreto, que demuestran el pánico y la desesperación crecientes de Pessoa ante la situación política. «El Estado Novo me ha envejecido», se quejaba en una carta a un amigo no enviada. Había comprendido que la censura hacía que la mayor parte de lo que él quería escribir fuese ahora impublicable en Portugal, y abandonó los planes de publicar en el extranjero. Y de repente se sintió solo: casi todo su grupo de amigos, así como la secretaria con la que había salido en una ocasión, se ganaban la vida trabajando en la red propagandística de Ferro o en actividades relacionadas llevadas a cabo en favor del régimen⁵⁸. Zenith señala que hasta sus heterónimos parecían exhaustos. Una oda escrita en noviembre de 1935 y firmada por Ricardo Reis ya no refleja el reposo clásico de Reis, sino una escisión existencial que es completamente de Pessoa: «Si pienso o siento, ignoro / quién piensa o siente / soy sólo el lugar / donde se siente o piensa»⁵⁹. A finales de ese mes, estaba muerto⁶⁰.

Las contradicciones del poeta

El compendio de Barreto, que incluye textos de diversa complejidad, desde frases garabateadas hasta ensayos desarrollados por completo, proporciona una cantera fascinante del arsenal retórico de Pessoa. Borradores sucesivos del mismo ensayo revelan cómo probaba argumentos, los refinaba, organizaba afirmaciones abruptas, les daba un orden más sistemático. Pessoa afirmaba a menudo que era ante todo

⁵⁸ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 928, 937.

⁵⁹ Citado en *ibid.*, p. 921.

⁶⁰ El último artículo publicado de Pessoa, como introducción al número de noviembre de *Sudoeste*, que reunía a los supervivientes de la vieja escena de *Orpheu*, indica que su desesperación no era total. En contraste con la resignación de «Tabacaria» – el poema de 1933 en el que un derrotado Álvaro de Campos peculiarmente parecido a Bernardo Soares desesperaba de sus aspiraciones solitarias a llegar a ser algo – en este artículo declaraba la inmortalidad de su «extinto e inextinguible» conjunto de esperanzas. «Siempre estaremos aquí. *Orpheu* acabó. *Orpheu* continúa».

un dramaturgo –la influencia de Shakespeare se extendía, más allá de la forma del soneto, a los *dramatis personae* heterónimos en el supradrama de la obra de Pessoa– y en su prosa política se distingue también un toque dramático⁶¹. Admirador de las sociedades de debate de Oxford y Cambridge, sobre las cuales debió de oír o leer noticias mientras estudiaba en el colegio de Durban, en buena parte de sus escritos políticos Pessoa parece estar actuando teatralmente. La prosa en sí es directa y fresca, libre de los circunloquios pomposos típicos de la escritura portuguesa de la época. La educación inglesa le dio a Pessoa una inmediatez en su lengua natal, aunque también dio a su portugués un estilo inusual. Son también detectables algunos victorianismos traducidos y Pessoa puede ser cáustico o irrisorio cuando, interpretando el papel del teórico, intenta imitar el estilo silogístico de Aristóteles.

Nadie podría acusarlo, ciertamente, de exceso de madurez en esta parte de su obra. Pero contemplándolas desde la atalaya del siglo XXI, la extravagancia de las salidas de Pessoa no carecen de atractivo. Protegido por su anonimato y su capacidad de escribir para públicos distintos en diferentes revistas efímeras, estaba dispuesto siempre a probar un argumento sorprendente o estrafalario. Apreciando ante todo su independencia, tenía poco miedo a expresar opiniones inaceptables o a contradecirse. Los rápidos dardos de su inteligencia hacen que, en buena medida, los escritos políticos de los literatos famosos de este siglo parezcan en comparación enlatados y predecibles. En una época en la que todas las perspectivas privilegiadas en el mundo de las letras parecen revelar un conformismo y una homogeneidad cada vez mayores, siendo una edición cuidadosa de «marcas» personales indistinguibles determinadas por la hegemonía del mercado y las fuerzas culturales, la heterogeneidad idiosincrática de Pessoa parece positivamente revolucionaria. ¿Qué perspectivas afrontaría hoy en día un talento como el suyo? Ciertamente la proliferación de la comprobación de datos periodística militaría contra la imitación de sus deliciosas falsificaciones borgesianas. Pero la escena contemporánea, con su combinación de sentimientos morales fácilmente indignados y ecosistemas digitales llenos de comentario político expresado bajo pseudónimo, pide a gritos la llegada de un polemista dotado de las dotes del dramaturgo, un *infra* Pessoa capaz de escandalizar mediante una docena de cuentas ficticias.

⁶¹ Octavio Paz nos recuerda que Pessoa no era exactamente un dramaturgo: no inventó personajes, sino las obras de los personajes (O. Paz, *Cuadrivio*, cit., p. 144).

Si bien los frutos de la audacia de Pessoa fueron desiguales, su defensa tardía de la libertad intelectual estaba bien justificada y era genuina, y su burla de Salazar fue despiadada y aguda. Puede decirse también (¿un listón bajo?) que sus juicios políticos son comparablemente mejores que los de algunos de sus compañeros de *Orpheu*. Sin duda Ferro era un mercenario nato, pero la historia de Almada Negreiros quizá sea más triste: autor de un ataque monumental contra el *establishment* literario en 1915 —el *Manifesto Anti-Dantas*— llegó a pintar murales para el Estado Novo⁶². Dada su fría recepción, su rápido cambio de idea y el nulo valor propagandístico de su impenetrable *Mensagem*, el epíteto que Alfredo Margarido vio adecuado aplicar a la participación de Pessoa en el concurso propagandístico de 1934 («poeta oficial») parece excesivo. Zenith sugiere que un amigo de Pessoa, Augusto Ferreira Gomes —verdadero fascista que escribía para la revista del Movimento Nacional-Sindicalista de Rolão Preto— fue quien lo animó a presentarse, asegurándole que el premio no imponía condiciones⁶³. Hay también consideraciones literarias: el concurso proporcionó el incentivo para que un Pessoa disipado y deteriorado reuniera el único libro de poemas en portugués publicado en vida. Aun sin comunicar toda la grandeza de su genio, *Mensagem* destaca como la más completa de sus obras y la publicación del libro debió de ofrecerle cierto alivio a un poeta a menudo torturado por su propia condición fragmentaria.

El hincapié de Barreto en la contradicción interna de Pessoa entre un conservadurismo de estilo inglés y un nacionalismo místico de estilo portugués, sirviendo el primero de ellos de antídoto contra las tentaciones latentes en el segundo, no carece de fundamento: en los últimos meses de vida, el propio Pessoa articuló la tensión de su pensamiento en estos términos. En su intento tardío más extremo de cuadrar el círculo, declaró que solo el individuo y la nación eran reales, mientras que todas las demás categorías sociológicas —como la clase e incluso la familia— eran ficciones⁶⁴. ¿Cómo interpretar esta afirmación? Tanto en política

⁶² Los dardos de Almada iban dirigidos contra Júlio Dantas (1876-1962), cirujano, autor de dramas populares y veterano de la vieja guardia de la literatura portuguesa; perenne aspirante al Nobel que se había encontrado entre las voces del *establishment* que criticaban en prensa al círculo de *Orpheu*. Lleno de reprimendas estridentes —«¡Dantas está horrible desnudo!»; «¡Dantas es un gran gitano!»; «¡Si Dantas es portugués, yo quiero ser español!»; etcétera— de los muchos alardes de insolencia hechos por los miembros de la «primera» vanguardia moderna portuguesa, el manifiesto de Almada destaca como el más espectacular.

⁶³ R. Zenith, *Pessoa, A Biography*, cit., pp. 823, 851.

⁶⁴ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 360 [ed. cast.: p. 336].

como en poesía, Pessoa buscaba a su modo extraer un absoluto único de un flujo de multiplicidad aparentemente carente de sentido. En su pluralidad y otredad, sus heterónimos, cada uno de los cuales presentaba un yo unificado y coherente distinto, exacerbaba su dilema, en lugar de resolverlo. «Lisbon Revisited», poema de 1928 atribuido a Álvaro de Campos, ofrece la metáfora de un espejo roto: «Y en cada fragmento fatídico veo solo un pedazo de mí / ¡Un pedazo de ti y de mí!».

Fuerzas similares actuaban en sus escritos políticos. Negándose constantemente a aceptar la división de la sociedad en clases sociales, Pessoa consideraba el materialismo un reflejo vulgar de los esclavos espirituales y sus tribunales marxistas. La emancipación humana –Pessoa citaba a Hegel– era ante todo una liberación del espíritu. Pero, ¿dónde radicaba, políticamente hablando, el instrumento de esta liberación? Buscando una fuerza unificadora, Pessoa encontró dos: el individuo, que representaba también a la humanidad, y la nación, que formaba un misterio sobrenatural. ¿Cuál era la verdad absoluta? Incapaz de renunciar a ninguna de ellas, permaneció existencialmente indeciso entre ambas.

Y tampoco era posible dejar de teorizar. Octavio Paz fue el primero en reconocer que Alberto Caeiro, el heterónimo pastoral de Pessoa, representaba el «mito del poeta inocente»⁶⁵. Su oposición serena a todas las teorías y filosofías («¿Metafísica? ¿Qué metafísica hay en estos árboles?») ofrece un retiro seductor para las almas agotadas por la arremetida de la ideología moderna⁶⁶. Pero hasta el análisis más somero revela que el fisicismo rústico de Caeiro es en sí una metafísica particularmente estricta, y esta tensión –ansiar la paz que Caeiro promete, pero saber que la promesa es falsa– está en el núcleo de la función que este cumple en la obra de Pessoa⁶⁷. No podía existir una huida fácil de la vida filosófica.

El hecho de explorar y perseguir la nación y el individuo ofreció a Pessoa al menos un punto de contacto con todos sus contemporáneos, pero también un desacuerdo con cada uno de ellos. Hombre negativo, Pessoa

⁶⁵ O. Paz, *Cuadrivio*, cit., p. 149.

⁶⁶ Fernando Pessoa, *Antología poética*, Lisboa, 2013, p. 199.

⁶⁷ Inspirándose en el modelo presentado por Tocqueville en *La democracia en América* II, parte I, capítulos 3 y 4, de acuerdo con el cual la cultura inglesa se fija en los detalles y la latina en las ideas generales, Caeiro parece también una emanación de la doble identidad, inglesa y portuguesa, de Pessoa: intenta rechazar la importancia de las consideraciones abstractas para dar prioridad a los detalles, pero lo hace de manera tal que acaba en la abstracción.

se aproximaba a todos pero no llegaba a nadie, ni siquiera a sí mismo. «El individuo tiene en sí algo del extranjero», admitía en una declaración general, pero al mismo tiempo epítome de sí mismo⁶⁸. ¿Quién podría ser una figura menos convincente para insistir en la unidad absoluta de la nación y el individuo que este portugués, con su educación inglesa y sus personalidades divididas? A menudo los escritos políticos de Pessoa adoptaban la forma de una especie de polémica fugitiva, un ataque contra todo desde una posición ventajosa situada en ninguna parte, capaz de despertar en igual medida entusiasmo y reconocimiento, decepción y repulsión. Es tan difícil coincidir con ella como rechazarla. En ello, puede enmarcarse la paradoja de buena parte de los escritos políticos modernos: la imposibilidad de identificar el yo con una única teoría existente, pero la irresistible tentación de intentarlo.

⁶⁸ F. Pessoa, *Sobre o fascismo, a ditadura militar e Salazar*, cit., p. 371.